

Alejandro Jodorowsky
Marianne Costa

Metagenealogía

El árbol genealógico como arte, terapia
y búsqueda del Yo esencial

Traducción del francés de
Ernesto Junquera

El Ojo del Tiempo Ediciones Siruela

Introducción

El título de esta obra es un neologismo. ¿Qué es la Metagenealogía? ¿Por qué no hablar más bien de «Psicogenealogía», ya que este término está más de moda?

El vocablo *psicogenealogía* fue acuñado por Alejandro Jodorowsky al final de la década de 1970. Desde entonces su uso ha ido paulatinamente degradándose hasta el punto de llegar a servir de tapadera a prácticas extraordinariamente variadas, de una manera tal que esa misma diversidad ha acabado por perjudicar al propio término que las designa. Algunas de ellas relevando a la psicología pura y dura, y otras, al espiritismo menos verificable.

Lo que tienen en común todos estos enfoques es que dichas disciplinas proceden de una misma toma de conciencia, emergente desde hace ya algunos decenios: la influencia del linaje sobre el individuo.

El interés de los terapeutas, como de la gente en general, por el árbol genealógico no ha cesado de crecer desde los años 1970, época en la que los psicoanalistas abordaron, por vez primera, la cuestión del vínculo transgeneracional. Occidente está en pleno proceso de redescubrimiento de algo que muchas otras culturas afirman, incluso después de haber estado desde siempre sometidas a formas religiosas, mágicas o chamánicas: que el inconsciente familiar interactúa con el inconsciente personal, tanto para lo mejor como para lo peor.

Hoy en día, si alguien concierta una cita para asistir a una sesión de psicogenealogía, se podría encontrar enfrente a un terapeuta diplomado, a un médium o a un *energetista*. ¿Y qué es lo que lograría de esta sesión? Probablemente un esquema que vendría a hacer

fríamente un mero inventario de los dones vitales de cinco generaciones de sus ancestros, acaso algunos mensajes intuitivos provenientes de sus «recuerdos energéticos» o quizá una insinuación de que desciende de Carlomagno. En todos y cada uno de los casos, es muy posible que quede absolutamente maravillado por la pertinencia de las informaciones recibidas. Y es muy probable asimismo que llegue a descubrir ciertas repeticiones de las que no era consciente, acaso ciertos secretos de familia o bien el origen de alguna obsesión o quizá también de alguna fobia. En el peor de los casos, se verá tremendamente frustrado por su exceso de intelectualidad y por un diagnóstico frío e inútil. O por el contrario, se sentirá sumamente escéptico ante todo el torrente de desvaríos irracionales habidos en una sesión rica en clichés *new age* o en necedades sentimentales.

La Metagenealogía sin embargo se propone reconciliar los aparentes contrarios situándose, precisamente, en su punto de conjunción: allí donde lo racional colabora con lo irracional, donde la ciencia danza con el arte, donde la «clarividencia» significa más bien intuición que lucidez. En el lenguaje actual, en el que los conceptos propios de la neurología serán, a partir de ahora, moneda corriente, se podría decir que de lo que se trata es de equilibrar el hemisferio cerebral derecho con el izquierdo.

Pero ¿cómo dar cuenta de una disciplina que está tan sólidamente enraizada en la psicología como en el arte, en la ciencia como en las tradiciones espirituales y esotéricas? Esta obra se propone resumir y presentar, de manera accesible, los treinta y cinco años de investigación y descubrimientos sobre el árbol genealógico llevados a cabo por Alejandro Jodorowsky. Sin embargo, un mismo problema nos anima a ambos desde hace más de diez años: ¿cómo poder transmitir estas teorías y prácticas que su creador mantiene en constante desarrollo?

Firmente anclada en las teorías psicológicas y científicas de su tiempo, la metagenealogía refleja el trayecto artístico de toda una vida y la insaciable búsqueda de sentido que anima a su creador.

Esta disciplina sugiere que toda «enfermedad» puede ser entendida como una carencia de belleza y de conciencia, y que «curar» consiste en convertirse, auténticamente, en uno mismo.

Lo que nosotros nos proponemos escribir es el relato de una doble iniciación, más que un manual: una, ya realizada, la del creador de la metagenealogía; y otra, que aún está por suceder, la de quien quiera prestarse al juego y emprender con nosotros el camino de la reconquista de su verdadera identidad. Los dos juntos hemos organizado esta narración como si se tratara de un cuento iniciático; y dado que sigue una cronología pedagógica y ejemplar, servirá de hilo conductor a todo lector que desee estudiar su árbol y reflexionar sobre su propio destino. Y queremos agradecer aquí la colaboración desinteresada de Montserrat Tubau, que hizo una última lectura de nuestro libro.

Antes de cada capítulo, una introducción escrita en primera persona reconstruye los momentos clave del periplo vital de Alejandro Jodorowsky. A cada uno de estos fragmentos de la vida del autor le sigue un capítulo teórico, apoyado por ejercicios o referencias al Tarot (nuestro modelo fundador del trabajo sobre el Yo) que sin duda permitirá al lector avanzar un poco más allá en la comprensión y la curación de su árbol genealógico. Asimismo, se completa con otra serie de ejercicios que pondrán en marcha los recursos de atención, creatividad y fantasía, cualidades que nos parecen esenciales en la empresa de re-invencción de las raíces, a lo cual se te invita desde aquí.

Nosotros esperamos, de todo corazón, que este doble viaje te sirva, al igual que a los héroes antiguos, para triunfar sobre todos los obstáculos y para conseguir ese elixir capaz de transformar perdurablemente tu existencia y la de tu entorno. Dicho elixir, en la teoría jodorowskyana, lleva el nombre de «Conciencia».

Marianne Costa

1

**Metagenealogía:
en la confluencia del arte,
la psicología y la metafísica**

Del arte a la terapia

En la primavera de 1979 comenzó una de las más intensas aventuras de mi vida, aventura que me llevó a crear un sistema terapéutico y artístico basado en el estudio del árbol genealógico. En esa época yo tenía 50 años. Es necesario que regrese brevemente a mi pasado, anterior a esa fecha. Mi formación juvenil fue rica y compleja, libresca y autodidacta. Los maestros y la intuición personal se sucedieron, así como los periodos de estudio y los periodos de experimentación. Sobre esta suma de actividades basé las teorías y las prácticas que serán presentadas en este libro.

En 1947, después del bachillerato, decidí inscribirme en el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile. Me atraían la filosofía y la psicología. Asistí a diferentes cursos durante dos años, logrando obtener un diploma en Filosofía de las Matemáticas y otro en Historia de la Cultura. Participando en un curso en el que un profesor norteamericano nos incitaba a aprender cómo adaptar a los hombres a la conducta de las máquinas, abandoné escandalizado la universidad para dedicarme a los títeres... Convertí mis representaciones en un psicodrama: creé muñecos que representaban a mi padre, a mi madre, a mi hermana y a gran parte de mi familia. Después de presentar varias obras, comencé a interesarme por la expresión corporal. Pensé que si los sentimientos provocaban posturas corporales, una postura corporal podría provocar emociones. Creé un método de expresión que se iniciaba con una angustiada posición fetal (deseos de morir) y que terminaba con un ser humano realizado, con los brazos abiertos y unido al cosmos (alegría de vivir). Al comienzo, mi finalidad era encontrar un lenguaje físico que me permitiera contar historias. Pero a medida que me centré en descubrir los me-

canismos de la expresión corporal –practicando danzas, meditaciones y masajes–, me di cuenta de que en nuestro cuerpo se anidan recuerdos de la infancia –incluso del periodo fetal–, aceptaciones, rechazos, residuos psíquicos de diferentes miembros de nuestra familia... Me apoyé para esto en un texto descubierto en el tratado de René Descartes *Las pasiones del alma*, publicado en París en 1649:

...es fácil imaginar que las extrañas aversiones de algunos, que les impiden soportar el olor de las rosas o la presencia de un gato, y otras cosas parecidas, provienen solamente de que, en los comienzos de su vida, han sido molestados en gran manera por alguno de estos objetos, o bien porque han participado en el sentimiento de su madre, que ha sido molestada por ellos estando embarazada. Porque es cierto que hay relación entre los movimientos de la madre y del niño que está en su vientre, de modo que lo que le es contrario al uno daña al otro. Y el olor de las rosas puede haberle producido dolor de cabeza a un niño estando aún en la cuna; o bien, un gato le puede haber asustado mucho, sin que nadie se haya dado cuenta de ello, ni él mismo haya vuelto después a acordarse, aunque la idea de la aversión que experimentó entonces hacia esas rosas o ese gato quede impresa en su cerebro hasta el fin de su vida (parte II, art. CXXXVI, trad. Eugenio Frutos, Planeta, Barcelona 1989).

Ciertos movimientos despertaban mi rabia contra el padre, la pena de la emigración legada por mis abuelos, la angustia de haber querido ser eliminado mientras estaba en el vientre materno, y muchas otras cosas. Los ensayos de los mimodramas se convirtieron en terapias colectivas. El contraste era tan fuerte entre estas prácticas en las se revelaba el auténtico ser de cada uno y el mundo exterior estructurado por los prejuicios y las apariencias, que no tardó en abrirse paso en mi conciencia una constatación: los límites y las enfermedades sociales nos sumergen en una jaula mental. Desde aquel momento (yo no tenía más de veinte años) el arte se me convirtió en una actividad orientada hacia mi liberación espiritual.

Esa búsqueda, a pesar del éxito que coronaba las representaciones de mi compañía de mimo, me hizo irme de Chile. Abandoné el taller donde ensayábamos, los trajes, los decorados, los objetos, los libros, todo. Llegué a París decidido a trabajar con el mimo Marcel Marceau, a participar activamente en el grupo surrealista que dirigía André Breton y a asistir como alumno libre a los cursos que el filósofo Gaston Bachelard impartía en la Universidad de la Sorbona.

Practicar pantomima con Marceau me incitó a investigar en el yoga tántrico y sus chakras, en la medicina china y sus meridianos, en la Cábala y sus sefirots aplicados al cuerpo. Aunque probablemente esas biología son imaginarias, a quien tiene fe en ellas le permiten sanar y desarrollar su conciencia. Con los surrealistas, el practicar innumerables «cadáveres exquisitos», dejando de lado la racionalidad para escribir dictados automáticos sin pensar, permitió que me familiarizase con mi inconsciente y dejara de considerarlo un peligro, para darme cuenta de que era un eficaz aliado. Como consecuencia de esto comencé a leer fervientemente las obras de Sigmund Freud, lo que me condujo a estudiar a Sándor Ferenczi, Melanie Klein, Wilhelm Stekel, Georg Groddeck y Wilhelm Reich. Los cursos de Bachelard, por sus análisis de los elementos primordiales como el agua, el fuego, el aire, la tierra y el espacio, me condujeron a la Alquimia. En el libro *Metamorfosis del alma y sus símbolos*, de Carl Gustav Jung, encontré un buen guía. En esta época juvenil, aunque de forma primaria, mi mente comenzó a comprender la estrecha relación que existía entre arte y terapia. Veía por un lado a los artistas, enfrascados en la exaltación de su ego, considerado como isla aparte de la humanidad y buscando ante todo ser reconocidos y admirados, y por otro la devoción del terapeuta poniéndose como meta el servicio a la salud mental y física de los otros.

Realizado mi aprendizaje en Europa, emigré a México para crear una escuela de pantomima. Muy pronto derivé hacia la dirección teatral. Puse en escena, en diez años, un centenar de espectáculos, principalmente teatro del absurdo. Di a conocer obras de Samuel

Beckett, Eugène Ionesco, Jean Tardieu, Fernando Arrabal, August Strindberg, Leonora Carrington, Michel de Ghelderode, Federico García Lorca, Franz Kafka, Nikolái Gógol y mías. Cansado de crear espectáculos con actores recitando delante de espectadores pasivos, decidí eliminar las obras escritas para el teatro y suplantarlas con libros filosóficos o psicoanalíticos. Comencé adaptando en 1970 para la escena *Así habló Zaratustra*, de Friedrich Nietzsche, con actores a los que hice intervenir desnudos. Tratando de ir aún más lejos en mis búsquedas experimentales, ese mismo año realicé una adaptación de *Juegos en que participamos. La psicología de las relaciones humanas* de Eric Berne, libro fundador del análisis transaccional, que quería simplificar el argot psiquiátrico para permitir que paciente y analista tuvieran un lenguaje común, junto con *Escucha, hombrecito* de Wilhelm Reich. Fue mi primer intento de teatro terapéutico. Por sus predicciones advirtiendo de los peligros ecológicos y por sus juegos de roles entre niños, padres y «adultos» (el estado del ser sano, que ha elegido vivir plenamente en el presente) mi obra, *El juego que todos jugamos*, tuvo un éxito inmediato y desde su estreno –hace casi cuarenta años– hasta hoy nunca ha dejado de ser representada por diferentes grupos de estudiantes.

Este deseo de encontrar métodos de sanación artísticos me hizo abandonar los teatros para dar espectáculos improvisados en cualquier sitio: academias de pintura, cementerios, asilos de ancianos, autobuses en marcha, plazas públicas, etc., ya no con actores queriendo disolverse en un personaje, sino con seres humanos sintiéndose desviados de su esencia real por la familia, la sociedad y la cultura, buscando dejar de ser personajes para encontrar su verdadera personalidad, su ser esencial. Para ello, con sorprendentes improvisaciones, mostraban a los atónitos espectadores sus obsesiones mentales, emocionales, sexuales y sus terrores materiales. Creé una veintena de efímeros pánicos, destacando los de la Academia de Artes Plásticas de San Carlos (México, 1963) y el del II Festival de Expresión Libre (París, 1965), que dieron origen a la Psicomagia: técnica terapéutica que consiste en escenificar en la vida cotidiana un acto

curativo, semejante a un sueño, para liberarse de un bloqueo inconsciente.

Con estos actos me opuse a esa actitud psicoanalítica de transformar el lenguaje del inconsciente (sueños, actos fallidos, sincronicidades) en lenguaje articulado y explicaciones racionales y opté por enseñar al intelecto el lenguaje del inconsciente, compuesto en su mayor parte de imágenes y acciones que desafían a la lógica. La palabra revela un problema, pero no lo cura. Las únicas palabras sanadoras que entiende el inconsciente son los rezos y los encantos. Para convertirlo en aliado protector es necesario seducirlo por medio de actos de naturaleza teatral o poética. Así como el inconsciente acepta los placebos, también acepta los actos metafóricos. Las pulsiones no se resuelven sublimándolas sino realizándolas de forma simbólica.

Me di cuenta de que debía enriquecer mi actividad artística no yendo a libar donde otros artistas, sino contactando con fuentes puramente espirituales. Por eso en 1968, con el deseo de practicar meditación zen, visité al monje japonés Ejo Takata, afincado en Ciudad de México desde hacía cuatro años. En su zendô, el lugar para la meditación, encontré practicando a médicos y psiquiatras. Ellos me condujeron al refugio del doctor Erich Fromm en Cuernavaca. Este eminente psicoanalista, autor de *El miedo a la libertad* y *Budismo zen y psicoanálisis* entre otros libros, vivía en ese pueblo porque su benigno clima le ayudaba a sanar una afección cardíaca. Después de un psicoanálisis que se resumió en largas conversaciones sobre la Biblia y el budismo, Fromm me pidió que impartiera clases de expresión corporal entre sus discípulos. Cosa que hice. Esto me permitió observar la separación entre el trabajo mental de los analistas y el escaso conocimiento de sus posibilidades corporales. Todo su trabajo de exploración del inconsciente hecho sólo a través de la palabra. Esta preciosa experiencia, así como el resultado de mi aprendizaje con Ejo Takata, la volqué en mi película *El Topo* (1970). En ella traté las relaciones conflictivo-amorosas entre un hijo y su padre.

El Topo se convirtió en un filme de culto, y el entusiasmo de John Lennon facilitó que, a través de su productor, Allen Klein, yo obtuviese el dinero necesario para realizar mi siguiente película: *La montaña sagrada* (1973). Volví a plantearme un arte capaz de enriquecer la conciencia del público: «Quiero que un espectador al ver este filme salga del cine cambiado para toda su vida». Estas esperanzas exageradas me invitaron a realizar estudios psicológicos, esotéricos, simbólicos, religiosos. Para ello recurrí al creador del método de desarrollo espiritual Arica, el maestro boliviano Óscar Ichazo. Con él realicé una serie de ejercicios, en especial sobre un esquema metafísico-psicológico de origen islámico: el eneagrama. Un sistema caracterológico compuesto de nueve aspectos distintos del Yo. La realización de este filme se convirtió en una experiencia, a la vez que artística, de desarrollo espiritual y de investigación psicológica.

Me interesé por las obras de René Guénon y sus análisis sobre simbología tradicional, al mismo tiempo que absorbí los trabajos del doctor Fritz Perls, uno de los creadores de la terapia Gestalt. La continuación de estas búsquedas se desarrolló a partir de 1974, época en la que cambié otra vez de continente para establecerme en Europa y comenzar un nuevo periodo de mi vida.

El productor francés Michel Seydoux me contrató para que realizara el filme *Dune*, inspirado en la novela del mismo nombre de Frank Herbert. Fue un proyecto grandioso donde, respaldado por un gran capital, pude contactar con los actores y artistas que yo admiraba. Entre los dibujantes, Moebius, H. R. Giger, Dan O'Bannon y Chris Foss. Entre las personas relacionadas con el cine, Salvador Dalí, Orson Welles, Gloria Swanson, David Carradine y Udo Kier. Entre los músicos, Pink Floyd, Tangerine Dream y Magma. A pesar de que elaboramos el guión durante dos años, la película, por motivos de distribución en Estados Unidos, no se pudo realizar. Sin embargo, esa labor inconclusa me permitió no sólo desarrollar mi creatividad artística, sino también contactar con el mundo esotérico que en esos años florecía en París. Entonces, me inicié en Cábala

con el sabio A. D. Grad, autor de tratados como *Libro de los principios cabalísticos*; en magia gitana, con el especialista Pierre Derlon; y también aprendí del físico matemático Jacques Ravatin, creador de una teoría sobre el poder de las ondas emitidas por las formas, no sólo las tridimensionales sino también las dibujadas; de Pierre Cartier, alquimista y prestidigitador de cien años de edad famoso entre los ilusionistas por sus trucos con cigarrillos; o del doctor Jean Valnet, médico pionero en la fitoterapia y en la curación con aceites esenciales (aromaterapia). Durante esos dos años, todas las mañanas muy temprano, guiado por estos iniciados, antes de ir a trabajar en mi proyecto cinematográfico y apenas abrían la Biblioteca Nacional, me sumergía en los viejos libros escritos desde 1700 sobre esa monumental máquina metafísica que es el Tarot de Marsella. El doctor Valnet me presentó a su mejor colaborador, el eminente fitoterapeuta Jean-Claude Lapraz, quien los fines de semana me enviaba a cuatro de sus pacientes para que investigara, a través de las cartas, las raíces psicológicas de sus enfermedades. Fue un periodo de aprendizaje intenso en el que se realizó en mi espíritu la unión entre arte, espiritualidad y terapia.

Para sanar una enfermedad no podemos limitarnos sólo a lo científico. La mirada de un artista equilibra la de un médico, capaz de comprender los problemas biológicos pero que carece de las técnicas necesarias para detectar los valores sublimes sepultados en cada individuo. Para que sane, es necesario que el paciente sea lo que en verdad es y se libere de la identidad adquirida: lo que los otros han querido que sea. Toda enfermedad proviene de una orden que hemos recibido en la infancia obligándonos a realizar lo que no queremos y una prohibición que nos obliga a no ser lo que en realidad somos. El mal, la depresión, los temores resultan de una falta de conciencia, de un olvido de la belleza, de una tiranía familiar, del peso de un mundo con tradiciones y religiones obsoletas.

Para sanar a un paciente, o sea ayudarlo a convertirse en lo que en verdad es, se le ha de hacer consciente de que no es un indivi-

duo aislado, sino el fruto de al menos cuatro generaciones de ancestros. Es imposible conocernos a nosotros mismos si no conocemos el legado material y espiritual de nuestro árbol genealógico. Pero las estructuras del clan familiar no deben ser el objeto de interpretaciones restrictivas que analizan al ser como si fuera una máquina biológica. Las grandes teorías psicológicas del siglo XX emanan de geniales médicos psiquiatras, como Freud, Groddeck o Reich. Pero en sus seguidores se desarrolló la creencia falsa, nociva, de que para conocer el alma humana toda búsqueda debe inspirarse en procesos de investigación científica. Carl Gustav Jung, en 1929, se hizo consciente de esta confusión intelectual:

El intelecto es, efectivamente, un enemigo del alma, porque tiene la audacia de querer captar la herencia del espíritu, de lo cual no es capaz bajo ninguna circunstancia, porque el espíritu es bastante superior al intelecto, dado que aquél comprende no sólo a este último sino también al corazón [*Gemüt*, ánimo].

El ser humano consciente no puede ser analizado como un todo fijo, un cuerpo-objeto sin realidad espiritual. El Inconsciente, por esencia, se opone a toda lógica. Si es reducido a explicaciones científicas o a enseñanzas universitarias, se le convierte en cadáver. Jung agrega:

Por eso sé que las universidades han dejado de actuar como portadoras de luz. La gente está saciada de la especialización científica y del intelectualismo racionalista. Quiere oír acerca de una verdad que no estreche sino que ensanche, que no oscurezca sino que ilumine, que no se escurra sobre uno como agua sino que penetre conmovedora hasta la médula de los huesos.

He aquí por qué ningún diploma puede garantizar la calidad de un psicoterapeuta: ayudar al otro a sanar supone no solamente comprender de qué sufre, sino también poner a su alcance los elementos

necesarios que le permitan cambiar. El médico o el cirujano establecen su diagnóstico y, a continuación, recurren a la prescripción de medicamentos o a la intervención quirúrgica. Pero a menudo el supuesto terapeuta no es capaz de establecer un diagnóstico, y después de haber revelado al paciente la causa de su trauma, y de que éste le pregunte «Ahora que conozco el origen de mis problemas ¿qué puedo hacer?», no es capaz de ayudarlo a encontrar la respuesta.

En las culturas primitivas, el chamán (generalmente un artista, experto también en plantas medicinales o alucinógenas que permiten «viajar» hacia otras realidades ejerciendo una acción terapéutica) es a la vez el curandero y el remedio, hombre-medicina o mujer-medicina, fuente de información viva que permite al ser que sufre redescubrir sus propios recursos.

Cuando uno deja de obedecer los dictados universitarios, todos los enfoques tienen algo que ofrecer. Por eso nunca dudé en estudiar las filosofías orientales, el mensaje de las religiones o el esoterismo, tratando de encontrar llaves de comprensión global del ser humano. Mi visión del árbol genealógico la guiaron unas palabras de Buda, cuando señala: ¡el mundo está en llamas, tu casa arde!, no te preguntas entonces cómo está hecho o creado el mundo, ¡piensas sólo en salvarte!

¿Cómo servir y ser útil? ¿Cómo hacer para entregar al otro las llaves de su sanación y no limitarnos únicamente a explicarle su mal? Constaté que, aquejados de dolores físicos y morales, la mayoría de mis consultantes vivía como si la humanidad no tuviera un valor que la diferenciara de las plantas o los animales y se multiplicase en un universo carente de finalidad que se expande por azar. Entonces, me sentí impulsado a pasar de la Psicogenealogía a la Metagenealogía.

Basándome en una hipótesis de trabajo esencialmente terapéutica («Verdad es lo que es útil en un momento dado, en un lugar dado y para un ser dado»), me dije: «Mejor que pensar que el universo existe por azar, es afirmar que tiene como finalidad crear Conciencia».

Si bien desde Freud se acepta la existencia de una zona mental no consciente (o sea no percibida por la conciencia de la vigilia), inadecuadamente llamada «Inconsciente» y a la que se atribuye la sede de las pulsiones primitivas, los traumas y los recuerdos tanto personales como colectivos (es decir, la presencia constante del pasado), no se tienen en cuenta los proyectos del futuro (anidados en la materia desde antes de la aparición de la vida) por considerar que el universo se desarrolla sin ninguna finalidad consciente.

El espíritu humano aspira ante todo a dos cosas: al conocimiento y a la inmortalidad. El Inconsciente, entonces, debería concebirse compuesto de dos zonas: aquella que es producto de las experiencias del pasado –incluyendo en ella nuestros vestigios animales, y a la que se podría seguir llamando «Inconsciente»– y esa otra que encierra en potencia las posibilidades de mutación tendientes a desarrollar seres con Conciencia cósmica –para nada compuesta por experiencias pasadas sino por posibilidades futuras, a las que se capta en estados poéticos y proféticos, que podría recibir el nombre de «Supraconsciente».

Evolucionamos sobre un planeta que participa en una danza cósmica donde todo va surgiendo, desapareciendo, transformándose. ¿Cómo entonces definirse? Para encontrar la raíz del «uno mismo», un Yo permanente en la impermanencia, debemos situarlo más allá de la materia universal para identificarnos con su centro creador, sabiendo que hemos nacido para participar activamente en la evolución del cosmos. El «yo» individual y el «nosotros» cósmico no pueden sino unirse en la Conciencia. Ideal que de forma simbólica se planteó la Alquimia, poniéndose como tarea espiritualizar la materia al mismo tiempo que materializar el espíritu. Traducido a un lenguaje psicológico, esto se transforma en: el Ego (el «yo») debe integrarse en el Inconsciente al mismo tiempo que el Inconsciente debe hacerlo en el Ego. Nuestra individualidad, establecida por la familia, la sociedad y la cultura, se emparenta con la materia bruta, la *nigredo*, la podredumbre o plomo que la Alquimia transforma en oro, en Ser esencial, en Conciencia.

Al preguntarme cómo realizar un trabajo que me condujera a la mutación, me pareció necesario moderar los deseos en pro de la salud; eliminar las cosas pasajeras y de poco valor, para tomar conciencia de mi inmortalidad como organismo colectivo, logrando la libertad; desprenderme de las amarras mentales para que nada subjetivo me separara de la energía creadora, llegando a la unión. Actuando como si estuviera vivo y al mismo tiempo, liberado de los intereses terrestres, como si estuviera muerto, cesar de «pertenercer», de «identificarme» o de «definirme».

Para desarrollar un alto nivel de Conciencia se requieren esfuerzos tenaces, continuos, intensos, implacables. En este proceso debemos morir a nosotros mismos y volver a nacer transfigurados, no definiéndonos como racionales o irracionales, jóvenes o viejos, mujeres u hombres. Ningún nombre ni ninguna nacionalidad debe limitar nuestro acontecer impersonal, para que, debajo de nuestra máscara individual, gocemos la paz del anonimato, no tengamos barreras entre lo humano y lo divino, seamos tanto lo que somos como lo que no somos.

Completamente entregado a estos esfuerzos comencé a comprender que, para sanarme a mí mismo y a los otros, la hipótesis más útil era la de considerar a cada ser humano como alguien capaz de desarrollar una Conciencia sin límites.

Si examinamos a través de un microscopio un huevo fecundado, podremos ver en la yema un diminuto punto rojo que palpita: es el comienzo de un corazón. El ritmo es anterior a la víscera. El corazón existe gracias a la voluntad de latir, que lo ha formado para servir de instrumento. Viendo esto, ¿cómo no comprender que el cerebro no engendra a la Conciencia sino que es su instrumento de recepción? La génesis de lo que somos comienza por esa Conciencia, a la que por impensable, todopoderosa y misterio insondable nos atrevemos a llamar «divina». Luego viene su transformación en energía y, por fin, en órganos materiales. Por esta razón, cuando se habla de los orígenes del árbol genealógico, se le deben dar también raíces cósmicas.

Nuestro cerebro, probablemente el objeto más complejo del universo, tiene más de cien mil millones de neuronas, células dotadas de un núcleo que funciona como un aparato receptor-emisor en miniatura y que se unen a otras formando redes de conexión que se transmiten la información bajo forma de corriente eléctrica. Venimos al mundo con un potencial neuronal que es el del hombre del futuro pero, sin embargo, con escasas conexiones. Una red se teje poco a poco, en contacto con nuestros familiares y los conocimientos que nos transmiten. Heredamos experiencias. Sin embargo, siendo estas experiencias limitadas, se traducen en idiomas «nacionales» produciendo estados mentales estancados, un mundo interior que abarca muy pocas conexiones, una celda cultural de la que difícilmente podemos escapar.

La energía que circula por las neuronas, que los científicos definen como eléctrica, muy bien puede ser pensada como una manifestación de la Conciencia universal que tiende a crear en nuestro cerebro una estructura formada por la totalidad de conexiones posibles entre sus células: la mente grandiosa del hombre futuro. Igualmente, podemos pensar que esta misteriosa energía tiende a unir a todas las conciencias que pueblan nuestro universo. La voluntad familiar-social-cultural lucha por que el individuo obedezca a la voluntad de los antepasados, que en la mayoría de los casos, por acumulación de ideas, sentimientos, deseos y necesidades heredados, contraría el proyecto espiritual y lo sumerge en bajos niveles de Conciencia.

El árbol genealógico actúa como una trampa, imponiendo a la perfección del proyecto cósmico de los descendientes sus límites materiales y psicológicos –mezclando temores, rencores, frustraciones, ilusiones–. Ya en el vientre de la madre el feto recibe la orden de imitar el modelo legado por sus ascendientes. La familia no acepta la creación pura y simple, venida de «nada» sin modelo exterior.

Todo individuo es el producto de dos fuerzas: la fuerza imitadora –dirigida por el grupo familiar, actuando desde el pasado– y la fuerza creadora –manejada por la Conciencia universal desde el futuro–. Cuando los padres limitan a sus hijos obligándolos a someterse

a planes, a consignas («serás esto o aquello», «te parecerás a Tal», «nos obedecerás y propagarás nuestras ideas y creencias»), desobedecen los proyectos evolutivos del futuro, sumiendo a la familia en toda clase de enfermedades físicas y mentales. La Conciencia, desde los primeros instantes de su individuación en el feto, padece este conflicto entre crear o imitar. Cuando el niño, al nacer, presenta pocos trazos psicológicos calcados de sus progenitores, podemos pensar que es la Conciencia quien fue capaz de vencer la influencia de los modelos que deseaban embutirle las generaciones precedentes de la familia. Si por el contrario el niño se convierte en la copia de sus padres o abuelos, la Conciencia fue derrotada. Las almas creadoras son escasas, las almas imitadoras forman legiones. Las primeras deben aprender a comunicar y sembrar sus valores, las segundas deben liberarse de sus moldes y aprender a crear, es decir, a llegar a ser ellas mismas y no lo que la familia, la sociedad y la cultura quieren que sean.

El clan actúa como un organismo. Cuando uno de sus miembros experimenta un cambio todo el conjunto reacciona, positiva o negativamente. Un árbol hermoso que da frutos ponzoñosos, es un mal árbol. Un árbol retorcido que da frutos saludables, es un buen árbol. El hecho de que un individuo expanda su Conciencia, al convertirse en el buen fruto, otorga a su árbol un nuevo significado. Los sufrimientos de los antepasados (heridas narcisistas, humillaciones, sentimientos de vergüenza o culpabilidad) adquieren una razón de ser. Cuando la familia reacciona, también reacciona la sociedad en la cual ella se desarrolla. Los árboles pertenecen a un bosque. Cada uno de ellos tiene dos principales deberes: cumplir sus necesidades biológicas (procreación de niños, cuidados que necesitan, etc.) e integrarse en el grupo social, obedeciendo a sus leyes. Si cada familia rehuyera el contacto con las otras entregándose a sus tendencias separatistas, la sociedad no podría existir. Es por esto que el árbol genealógico se desarrolla prisionero en una red de vetos y obligaciones, entre las cuales, por ejemplo, está el tabú del incesto, que impulsa al clan a mezclarse con el resto de la humani-

dad en lugar de encerrarse en sí mismo. Sin embargo estos vetos y obligaciones pueden en ciertos casos no corresponder a la naturaleza esencial del ser. Cada cultura impone, basada en sus mitos fundadores y creencias religiosas, diferentes modos de conducta. De una sociedad o cultura a otra puede cambiar la institución familiar, pues no sólo existe la monogamia: en algunas se permite al varón tener diferentes esposas, en otras se admite que las mujeres vivan simultáneamente con varios hombres, otras obligan al hermano del que murió sin hijos a casarse con la viuda, otras exigen que la hermana joven de la esposa fallecida la reemplace en el lecho del viudo. Nacemos en una cultura determinada, en una época dada, en un país particular. No seríamos los mismos si habláramos otro idioma, si hubiéramos nacido en otra civilización o en otra época histórica... Estas limitaciones, que dependen de la memoria, nos incitan a repetir esquemas, nos imprimen un ser cultural. Al mismo tiempo las posibilidades del futuro, que trabajan por conducir al hombre a su mutación, transformando el sufrimiento inicial en energía consciente, desarrollan al ser esencial.

El *ser cultural*, formado por quienes lo han educado, debe aceptar las proyecciones que sobre él han hecho sus familiares impulsados por el deseo de ser imitados, teniendo que ejercer tal o cual profesión, pertenecer a tal o cual religión o idea política, luchar contra tal o cual predicción negativa: «Si haces aquello, te destruirás; Si te entregas a tal actividad, terminarás como un pordiosero; Si tienes relaciones sexuales antes del matrimonio, te convertirás en una puta». Como el cerebro tiende a cumplir las predicciones, éstas, transformadas por el Inconsciente en órdenes, actúan sobre la vida del individuo como maldiciones que exigen ser realizadas.

En cambio, el *ser esencial*, programado por el Supraconsciente, despliega en la mente aspiraciones sublimes (casi siempre reducidas a simples ilusiones por la memoria del clan), utopías (casi siempre vividas con angustia) o deseos de mejorar el mundo (casi siempre vividos con desesperanza). En todo momento, el ser cultural y el ser esencial se entremezclan, a veces batallando, otras uniendo

sus fuerzas. Bisabuelos, abuelos y padres se funden en nosotros tanto para lo mejor como para lo peor. Las fuerzas de repetición y de creación en su dinámica sin fin nos impulsan a la vez hacia la repetición de lo mismo y a acceder a lo que somos auténticamente. Los individuos, al mismo tiempo, pueden tener de sus bisabuelos, abuelos y padres una visión positiva y otra negativa, convirtiéndose de este modo cada familiar en una entidad doble: una luminosa y otra oscura. Dos campos de energía que a pesar de oponerse son complementarios. En el tiempo presente, el espíritu que se materializa colinda con la materia que se espiritualiza, el supraconsciente con el inconsciente, el intento de realizar el futuro con el intento de repetir el pasado, el ser esencial con el ser socio-cultural, el deseo de crear con el deseo de imitar. Al estudio del árbol genealógico bajo sus aspectos simultáneos y complementarios, tesoro y trampa, lo he llamado «Metagenealogía».

Dado que el estudio de la genealogía es esencialmente una comprensión del significado esencial de la pareja humana, al igual que en el Tarot al Papa lo completa una Papisa, al Emperador una Emperatriz y al Sol una Luna, me pareció fundamental que este libro fuese escrito por una pareja. Ya en el libro *La vía del Tarot* (Siruela, 2004) tuve la suerte de colaborar con Marianne Costa. Me pareció que ella, por entender profundamente mi concepción del árbol genealógico y por haberlo practicado con consultantes durante más de diez años, era la colaborada ideal. Sin contar con su colaboración, esta obra nunca hubiera podido ser llevada a cabo.

PARA ORIENTARSE EN ESTE TRABAJO

Fundamentos de la teoría jodorowskyana

Antes de iniciar el viaje iniciático que supone la exploración del árbol genealógico, nos parece útil asentar algunos conceptos teóricos –no habituales en los dominios de la psicología clásica pero, sin duda, muy familiares para los investigadores espirituales– y definir también qué es lo que entendemos por «trabajo sobre el yo, sobre el *uno mismo*». Una de las bases en las que apoyaremos nuestra reflexión será la aportación esencial del Tarot de Marsella como «herramienta para pensar», razón por la cual veremos brevemente algunas de sus reglas fundamentales de orientación.